rar los términos de pago de la deuda o por no pagarla obtendrá escasos dividendos si las fuerzas que la sostienen permanecen al margen de las decisiones políticas.

Para concluir, simplemente agregaríamos que el conjunto de trabajos reseñados ofrece al lector la posibilidad de acercarse de manera global a un espacio tan heterogéneo como es América Latina y, así, formarse una idea sobre los principales problemas y retos a los que hoy en día se enfrenta la región. Amén del trabajo realizado previamente para sintetizar lo sucedido en cada país, quizá una de sus principales virtudes sea la de conjuntar ejes de análisis y discusión que tienden a moverse dentro de campos específicos del conocimiento social y que, al aparecer, unidos contribuyen al entramado de ese complejo rompecabezas que es nuestro subcontinente.

Diana Guillén
INSTITUTO MORA

Ulysses and the syrens. (Studies in rationality and irrationality), Jon Elster, Cambridge University Press, Edition de la Maison de Sciences del L'homme, Great Britain, 1984.*

Estamos ante un conjunto de ensayos muy inteligentes y provocativos, cada uno con su propia coheren-

cia y que pueden ser leídos con placer y provecho, uno a uno, sin seguir necesariamente el orden en que están puestos en el volumen. El autor señala, y con razón, que si estos ensayos pueden formar un libro, ello se debe a que encontramos en ellos una preocupación general: la racionalidad y la irracionalidad. También nos informa, desde las primeras páginas, que la construcción del libro está pensada como una secuencia de orden descendente: la racionalidad perfecta, la racionalidad imperfecta, la racionalidad problemática y la irracionalidad. Y agrega que otro elemento que da coherencia a la unidad del libro es su perspectiva general sobre la filosofía de la ciencia.

El vínculo entre los textos existe, el orden tiene su propia racionalidad y sería extremadamente paradójico que no fuera así cuando su *leit-motiv* es la racionalidad. No obstante, la integración de las partes en el todo no es tan fuerte ni tan coercitiva como podríamos imaginar. Y esto, lejos de ser una desventaja resulta una ventaja.

El autor, independientemente de la "racionalidad" que quiera dar a su construcción, nos ofrece ensayos, que no capítulos, haciendo honor a la buena tradición de este género, a lo intrínsecamente inacabado, a abrir más que a concluir, a sugerir, a preguntar y, en todo caso, a utilizar sin restricciones el acervo cultural de que dispone el ensayista (muy vasto en el caso de Elster), siempre y cuando ello enriquezca la argumentación de las tesis.

Jon Elster, profesor de la Universidad de Oslo, estudioso de la filosofía

* La versión castellana de este libro fue publicada por el Fondo de Cultura Económica. Elster, Jon, *Ulises y las sirenas. (Estudios sobre la racionalidad e irracionalidad)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989, 316 p. Colección Breviarios, 510.

pero también de la literatura, de las ciencias naturales y de la matemática, sitúa su trabajo en la intersección de tan disímiles aproximaciones al mundo. El ensayo es una forma perfecta para tan ambicioso afán.

En un mundo en que la especialización es la norma y en que el carácter "interdisciplinario", que tanto se pregona, no es frecuentemente sino una fachada más para dar legitimidad a nuevas especializaciones, la reflexión de Elster, que se sitúa en un horizonte cultural amplio –y por tanto extremadamente problemático– resulta valiosa y digna de encomio.

Esta es una de las razones por las que su libro constituye una suerte de oasis para aquellos que nos aproximamos a la bibliografía del moderno individualismo metodológico, formada las más de las veces por trabajos áridos, mal escritos, que nos irritan por su pedantería, por la insulsez de sus ejemplos, por la tabla rasa que hacen de las más ricas tradiciones culturales, filosóficas y sociológicas.

En este breve espacio no nos es posible describir siquiera en sus líneas más generales las argumentaciones que nos propone Elster. Nos limitaremos a revisar unas cuantas, elegidas a partir del interés que suscitan en una lectora formada y deformada por la sociología.

El propósito explícito del autor en lo que él considera su primer capítulo –y nosotros tan sólo el primer ensayo de su libro– consiste en mostrar que, aun cuando entre las ciencias sociales y las biológicas existen ciertas analogías superficiales, las diferencias entre ellas son tales que hacen impro-

vable que tengan mucho que aprender las unas de las otras. La diferencia fundamental se encuentra en la distinción entre *explicaciones intencionales*, usadas por las ciencias sociales, y las *explicaciones funcionales*, que son específicas de la biología. El argumento tiene dos filos: mientras uno la emprende contra el uso de métodos sociológicos en la biología, el segundo lo hace contra la tendencia a transferir paradigmas biológicos a las ciencias sociales. Elster prefiere centrarse en el primer caso porque considera que es el menos tratado en la literatura. Demuestra que si bien la selección natural puede, hasta cierto punto, simular intencionalidad, existen diferencias cruciales entre la adaptación animal y la adaptación humana. Considera que la capacidad para la *maximalización global* es una característica específicamente humana, al igual que el *comportamiento estratégico*. Este punto es cardinal, pues toca el tema central de su reflexión, mismo que abordará desde problemáticas distintas y con distintos elementos analíticos, en todos los ensayos: la definición de la racionalidad y de sus linderos con la irracionalidad. Es claro que no puede omitirse en esa discusión una primera delimitación del ámbito biológico animal y el específicamente humano. Esta es la razón por la cual Elster se aboca con tanta insistencia a confrontar el fenómeno de la selección natural con el de la elección humana. Nuestro autor concluye que lo característico del hombre no está en una habilidad programada para tomar estrategias indirectas y para adoptar un comportamiento expectante, sino más bien en su *capa-*

cidad generalizada para la maximización global, que aplica aun en situaciones cualitativamente nuevas.

Esta capacidad se explica por su habilidad para relacionarse con lo futuro y lo meramente posible. Puede escoger la mejor alternativa desde el punto de vista global porque potencialmente puede visualizar todas las alternativas, todos los posibles futuros. No es difícil entender que Elster recoja con entusiasmo la frase de Leibniz, quien consideraba que el ser humano es la única criatura capaz de *reculer pour mieux sauter*. La insistencia que Jon Elster pone en la estrategia implica una concepción esencialmente dinámica y, así, arroja su análisis de la racionalidad, en las complejidades del tiempo. En ello reside gran parte de la originalidad de su ideación.

A nuestro autor no le interesan sustancialmente los análisis que desembocan en modelos sincrónicos, aunque reconozca lo elegante de sus demostraciones. Y es que la naturaleza humana que nos va revelando a lo largo de sus ensayos, lo mismo a través de citas de Pascal que de Stendhal o de William Blake, no admite que hagamos abstracción del tiempo. Esta incapacidad del hombre para prescindir de la dimensión temporal será finalmente lo que orille a Elster a cuestionar y a transformar la idea "tradicional" de racionalidad, para tornarla cada vez más compleja y, también, más problemática.

Hemos de ver que el pensar estratégico no es concebible si no está inmerso en la corriente del tiempo; Ulises el navegante es paradigma del actor estratégicamente racional (que, a

diferencia del actor paramétricamente racional, *sabe* que el ambiente no es constante, que cambia, que está formado también por otros actores, que a su vez saben que él es parte de *su* ambiente y que ellos lo saben...)

Esta es la tesis del primer ensayo que nos interesa subrayar y que habría sido necesario proponer como central si se hubiera querido dar mayor coherencia y continuidad al conjunto de los ensayos.

Pero recordemos que el objetivo central que se propuso Elster era otro. Y en este sentido, nada nos impide reconocer el enorme interés que tiene su crítica a las formas analógicas de pensar entre la biología y las ciencias sociales. Particularmente interesante es su polémica con Merton y Stinchcombe. Utilizando una lógica impecable, Elster demuestra que a las explicaciones funcionalistas siempre les falta una o varias de las características definitorias de lo funcional. No puede menos que concluir que en las sociedades no existe un mecanismo general que nos permita inferir que las funciones latentes de una estructura en general la sostienen a través del *feedback* (retroalimentación). Cabe mencionar la breve pero contundente crítica que propina a aquel marxismo que toma los aspectos más vulgares del funcionalismo.

Si de algo nos convence la lectura de este ensayo inicial es de que el camino que nos hace recorrer Elster (del ácido ribonucleico a la estructura social de Merton, de un poema de John Donne al "dilema del prisionero" de Rapaport) y en el que se traslucen ecos del vigor intelectual de la Ilustración a

esta última parte del siglo XX, nos hace pensar lo impensado y reflexionar más allá de aceptaciones y rechazos prematuros.

El segundo ensayo se titula "Imperfect rationality: Ulysses and the sirens", y que aporta el título del libro. El predicamento de Ulises consistió en ser débil y saberlo, lo que señala la necesidad de una teoría de la racionalidad imperfecta.¹

El atarse a sí mismo de Ulises, temeroso de dejarse ir por la belleza del canto de las sirenas, puede ser un problema relevante para la filosofía y para la psicología. Aunque sigamos pensando con Italo Calvino que

toda interpretación empobrece el mito y lo ahoga; en los mitos no hay que andar con prisa; es mejor dejar que se depositen en la memoria, detenerse a meditar en cada detalle, razonar sobre lo que nos dicen sin salir de su lenguaje de imágenes.²

Y Elster efectivamente nos da una visión muy pobre del mito; la figura de Ulises, al conservar su fuerza expresiva, sirve al menos para mostrarnos seductoramente tanto nuestra inteligencia como nuestra imaginación, y la universalidad de este tipo de racionalidad, que no sin ciertos reparos

¹ Elster señala que los dos pioneros en este campo han sido R. H. Strotz y George Ainslie; el primero ha trabajado sobre el comportamiento de los consumidores y el segundo en psicología experimental.

² Italo Calvino, *Seis propuestas para el próximo milenio*, Ediciones Siruela, Madrid, 1989, pp. 16 y 17.

convenimos en llamar, como lo quiere Elster, "racionalidad imperfecta".

El atarse a sí mismo, todos los sabemos por nuestras experiencias cotidianas, constituye una manera privilegiada de resolver el problema de la debilidad de la voluntad; es la mejor técnica para lograr la racionalidad a través de medios indirectos. Desde el punto de vista lógico, no es sino tomar una cierta decisión en sí mismo para aumentar la probabilidad de que uno llevará a cabo la otra decisión en el tiempo.³

Elster nos muestra en este ensayo un muy buen manejo lógico. Desgraciadamente no es posible seguirlo en todos sus desarrollos, y nos limitaremos a señalar la original forma de reformular argumentos a partir de dos clásicos: Pascal y Descartes.

Pascal viene a cuento porque a Elster le interesa entender la lógica de las llamadas "decisiones para creer". El problema que se plantea Pascal es el siguiente: existe cierta probabilidad positiva de que Dios exista, y aquel que cree en la existencia de Dios recibe un beneficio infinitamente grande si a la postre resulta que tiene razón, mientras que si solamente una cantidad finita se está poniendo en riesgo, el principio de maximalización de la utilidad esperada exige que uno crea. Se trata de una racionalidad de segundo nivel, según Elster, en que la racionalidad decide que la racionalidad debe de ser abolida. En cuanto a Descartes, el aspecto que subraya estriba en su crítica a la racionalidad del ins-

³ *Ibid.*, pp. 16-17.

tante. No existe virtualmente el problema de una *tentación* a ser resistida; el obstáculo a la racionalidad plena consiste más en la ignorancia que en la debilidad de la voluntad. Sus interpretaciones sobre Descartes son sofisticadas e introduce elementos de la economía moderna y de la teoría de los juegos.

Aun cuando el segundo ensayo es el más amplio y el más complejo, y por tanto es difícil operar una reducción hacia un sólo argumento, creo que la conclusión que yo destacaría consiste en que es inadecuado concebir al actor racional sólo en términos de alguien que tiene preferencias completas y consistentes en un punto determinado del tiempo. Elster nos convence paralelamente de que la noción de hombre racional debe ampliarse de forma tal que pueda incluir consideraciones temporales. Es preciso, pues, examinar la consistencia tanto en la elección de sucesiones como en la sucesión de elecciones. Eso implica dar cuenta también, en el primer caso, de las inconsistencias de preferencias y, en el segundo, de los cambios endógenos de preferencias.

El tercer ensayo analiza los problemas de la teoría del comportamiento racional. Este ensayo es, desde nuestro punto de vista, el mejor pues permite ubicar el pensamiento de Elster dentro del individualismo metodológico; en este campo, nuestro autor pasará revista a algunas de las más importantes críticas y reparos que, desde dentro y desde fuera, se han planteado a la escuela de la elección racional (*rational choice*). Al hacerlo, Elster va con-

figurando su propia concepción sobre la capacidad explicativa del enfoque. No resistimos la tentación de citar un párrafo, sumamente lúcido, en que delinea una teoría de la acción muy amplia y general y que le permitirá distinguir a las teorías rivales:

Cualquier comportamiento humano puede ser visto como el producto final de dos artefactos de filtración que actúan de forma sucesiva. El primero se define por el conjunto de constreñimientos estructurales que limitan el conjunto de cursos de acción, que pueden ser establecidos en abstracto y lo reduce a un subconjunto más pequeño de acciones factibles. El segundo proceso de filtrado es el mecanismo a través del cual se entresaca aquel que va a ser realizado. La teorías de *rational choice* afirman que este mecanismo es la elección deliberada e intencional para maximizar alguna función objetiva, ya sea real (como la ganancia) o puramente nocional, como la que representan las preferencias.

Este modelo de dos pasos sugiere, según Elster, la existencia de dos alternativas al modelo del *rational choice*. La primera es el estructuralismo, tanto el angloamericano como el francés. A Elster le parece que el estructuralismo, visto como una teoría general de la acción, es demasiado erróneo como para merecer siquiera ser discutido.

La segunda alternativa, a cuya discusión dedica la mayor parte del ensayo, cuestiona la realidad de la elección racional y postula que el mecanismo a través del cual se separa uno sólo de entre el conjunto factible de

posibilidades, tiene un carácter causal más que intencional. Los cuatro puntos más interesantes de esta discusión son: el intento de explicar el altruismo, las consideraciones en torno al comportamiento tradicional, la inconstancia y la paradoja.

Por cierto que la paradoja va a ser un aspecto central del cuarto y último ensayo: "Irrationality: contradictions of thought", que me pareció especialmente original y sugestivo. Elster se atreve a franquear puertas de las que se mantienen cuidadosamente apartados la mayor parte de sus colegas. Y es que, seguramente, no basta con mantenernos dentro de las fronteras de la racionalidad que hemos definido. Es necesario, si realmente se trata de pensar, aunque de ello resulten dudas, y no solamente aserciones, en la naturaleza de la irracionalidad.

La vida cotidiana, la literatura, las ciencias sociales están llenas de intenciones traicionadas, de deseos frustrados, de planes fallidos, nos dice Elster en sus párrafos iniciales. Pero debe repararse en que muchas fallas no pueden achacarse a una falta de racionalidad, sino simplemente a obstáculos externos, a accidentes impredecibles. Otras fallas se dan cuando la gente actúa de manera racional sobre supuestos irracionales respecto de la conducta de los otros. Un ejemplo puede observarse cuando los actores se asumen como los únicos agentes activos. En otros casos, se actúa a partir del *wishful thinking* (pensamiento orientado por los deseos) o el autoengaño.

Según Elster, el autoengaño consti-

tuye la fuente más radical de irracionalidad, ya que el agente se las arregla de alguna manera para creer y no creer ciertas ideas. Por último, las intenciones pueden mantenerse irrealizadas por ser inherentemente irrealizables. Dos sentimientos humanos básicos, el amor y el odio, exhiben este tipo de contradicciones. Elster se referirá más adelante a lo que llama las "paradojas del amor y del odio".

Para analizar esta temática, el autor se apoyará en tres tradiciones: a) la tradición filosófica, en especial Heráclito, Hegel y Sartre, b) la literaria, entre los que prefiere a Stendhal, Proust y Donne, y c) la tradición de la psicología y la psiquiatría.

Las páginas que dedica al amor y al odio tienen interés, pero sería pedirle demasiado que nos dijera algo verdaderamente nuevo. Lo nuevo está, desde nuestro punto de vista, en mostrar que aun estos fenómenos, tradicionalmente considerados como escindidos del campo de la racionalidad, tienen también que ser examinados, aunque no sea sino para mostrar las paradojas lógicas que contienen, ya que este carácter paradójico formaría parte, según lo entiendo, de las posibilidades de la naturaleza humana.

El autoengaño es esencialmente para él un proyecto, el proyecto de engañarse. La paradoja surge porque en palabras de Sartre: "Je dois savoir précisément cette vérité pour me la cacher soigneusement" ("Debo conocer con precisión esa verdad para poder escondérmela con cuidado"). Elster considera que muchos casos de auto-engaño pueden ser descritos en

términos de fallas no previsibles de automodificación. Y termina con una frase que sintetiza su espíritu no dogmático:

No creo que sea posible, repito, que estas interpretaciones [se refiere a las interpretaciones de autoengaño como automodificación o como negativa a recoger evidencias] puedan dar cuenta de

los casos difíciles (*hard cases*), pero de cualquier modo pueden contribuir a reducir el caso de esos casos. Progresos ulteriores sólo pueden ser realizados a través de reducciones ulteriores.

Aurora Loyo
IIS-UNAM/INSTITUTO MORA